

RECLUTAMIENTO FORZOSO

Robert Silverberg

Mira allí, Kate, en la avenida. Dos espléndidos ancianos, caminando lado a lado junto a la orilla. Irradian poder, autoridad, riqueza, seguridad. Él es juez, senador, presidente de una corporación, sin duda, y ella es... ¿qué? Profesora emérita de derecho internacional, digamos. Van hacia la plaza, caminando serenamente, sonriendo, saludando grácilmente a los peatones. ¡Cómo les brilla el sol en el cabello blanco! Apenas aguanto el resplandor de esa aureola reflejada: me enceguece, me irrita los ojos. ¿Cuántos años tienen? ¿Noventa, cien? A esta distancia parecen mucho más jóvenes... Van erguidos, la espalda tiesa, no aparentan más de cincuenta o sesenta. Pero los distingo. Esa confianza, ese equilibrio delatan quiénes son. Y cuando estaban más cerca les vi las mejillas marchitas, los ojos hundidos. Ningún cosmético puede ocultar eso. Tienen edad suficiente para ser nuestros tatarabuelos. Tenían más de sesenta cuando nosotros nacimos, Kate. ¡Qué bien funcionan sus cuerpos! ¿Por qué no? Podemos adivinarles el historial médico. Ella tuvo por lo menos tres corazones, él está usando su cuarto juego de pulmones, solicitan riñones nuevos cada cinco años, les refuerzan la quebradiza osamenta con fragmentos de esqueleto de los brazos y piernas de infortunados jóvenes, les aguzan el apagado aparato sensorial con un sinnúmero de injertos nerviosos obtenidos del mismo modo, les revisten las viejas arterias con lustroso teflón. Ensamblajes ambulantes de partes humanas de segunda mano, mezcladas aquí y allá con órganos de reemplazo sintéticos o mecánicos, eso son. ¿Y qué soy yo, o qué eres tú? Jóvenes de diecinueve, vulnerables. Para ellos no soy más que una reserva de órganos saludables, esperando para servirlos. Ven aquí, hijo. ¡Qué joven robusto eres! ¿Puedes obsequiarme un riñón? ¿Un pulmón? ¿Un selecto tramo de intestino? ¿Diez centímetros de nervio cubital? Necesito algunas partes de ti, muchacho. No negarás lo que te pide un distinguido y anciano dirigente, ¿verdad? ¿Verdad?

Hoy mi nota de reclutamiento, un documento pequeño y crujiente, de aspecto muy oficial, salió disparado por la ranura de datos cuando teclé para pedir la correspondencia de la mañana. La estuve esperando toda la primavera: ninguna sorpresa, ninguna conmoción, sino más bien cierta distensión ahora que llegó. En seis semanas debo presentarme en la Casa de Trasplantes para mi examen médico definitivo -una mera formalidad, no me habrían reclutado si ya no tuviera una excelente calificación como potencial suministro de órganos— y luego responder a la convocatoria. La convocatoria suele tardar un par de meses. En otoño me empezarán a trinchar. Come, bebe y sé feliz, pues pronto el cirujano llamará a tu puerta.

Un desordenado grupo de ancianos se reúne ante el cuartel general de la Liga de la Santidad Corporal. Es una antimanifestación, una protesta antitrasplante, la peor clase de declaración política alimentada en las emociones negativas más detestables. Los manifestantes portan letreros relucientes que dicen:

SANTIDAD CORPORAL... ¿O EGOÍSMO CORPORAL?

Y:

DEBÉIS VUESTRA VIDA A LOS DIRIGENTES

Y:

ESCUCHAD LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

Los manifestantes son ancianos de bajo escalafón; su calificación apenas supera el límite y no pueden estar seguros de conseguir trasplantes. No es de extrañar que la Liga los tenga a mal traer. Algunos van en silla de ruedas y otros están metidos hasta las cejas en sistemas portátiles de mantenimiento vital. Graznan y gritan amargas invectivas y sacuden los puños. Observando el espectáculo desde una ventana superior del edificio de la Liga, tirito de miedo y consternación. Esas gentes no sólo quieren mis riñones y pulmones. Me arrancarían los ojos, el hígado, el páncreas, el corazón, cualquier cosa que necesitaran.

Lo conversé con mi padre. Él tiene cuarenta y cinco años: demasiados como para haber sido afectado por el reclutamiento de órganos, demasiado pocos como para haber necesitado trasplantes. Eso lo coloca en una posición neutral, como quien dice, excepto por un pequeño detalle: su categoría de trasplantes es 5-G. Es un puntaje muy elevado en la lista de selección, no la clase prioritaria pero casi. Si mañana se enferma y el Comité de Trasplantes decreta que su vida correría peligro si no le dieran un nuevo corazón, pulmón o riñón, le conseguirán uno

enseguida. Esa situación tiene que influir en su objetividad acerca del problema del trasplante de órganos. No obstante, le dije que planeaba apelar y tal vez resistirme. -Sé razonable -dijo-, sé racional, no te dejes aturdir por las emociones. ¿Vale la pena arriesgar tu futuro por semejante cosa? A fin de cuentas no todos los reclutas pierden órganos vitales.

—Muéstrame las estadísticas —dije— Muéstrame.

No conocía las estadísticas. Tenía la impresión de que sólo una cuarta o quinta parte de los reclutas era convocada. Eso indica en qué medida la generación anterior se mantiene al corriente... Y mi padre es un hombre culto, esclarecido, bien informado. Ninguna persona de más de treinta y cinco años pudo mostrarme estadísticas cuando las pedí. Así que yo les mostré a ellos. Tomadas de un folleto de la Liga, es verdad, pero basadas en informes certificados del Instituto Nacional de Salud. Nadie escapa. Siempre te echan el guante, si reúnes las condiciones. La necesidad de órganos jóvenes inexorablemente se expande hasta equipararse con la reserva de órganos disponibles. A la larga nos atraparán a todos para hacernos pedazos. Tal vez quieran eso, de todos modos. Librarse de los miembros más jóvenes de la especie, siempre tan molestos, canibalizándonos para obtener repuestos, y reciclándonos, pulmón por pulmón, páncreas por páncreas, en sus cuerpos decadentes.

Fig. 4. El 23 de marzo de 1964 se extirpó el hígado de este perro para reemplazarlo por el hígado de un donante mestizo no emparentado con él. El animal fue tratado con atiprina por 4 meses y luego se interrumpió toda terapia. Conserva una perfecta salud 6 2/3 años después del trasplante.

La guerra continúa. Desde hace catorce años, creo. Claro que ya no se dedican a matar. No hubo combates desde alrededor del 93; por cierto no los hubo desde que cobró vigencia la legislación sobre reclutamiento de órganos. Los viejos no pueden darse el lujo de desperdiciar preciosos cuerpos jóvenes en el campo de batalla. De modo que los robots libran nuestras guerras territoriales, embistiéndose de cabeza con gran ruido metálico, sembrando minas terrestres y dirigiendo los sensores a las minas del enemigo, cavando túneles bajo sus defensas, etcétera, etcétera. Más, desde luego, la actividad cuasimilitar: sanciones económicas, bloqueos de terceras potencias, emisiones de propaganda desde despiadados satélites orbitales que anulan otras emisiones, y cosas similares. Es una guerra más sutil que las que se libraban antes: nadie muere. Aun así, drena los recursos nacionales. Los impuestos aumentarán de nuevo este año, el quinto o sexto año consecutivo, y acaban de inventar un Recargo de Paz especial sobre todas las mercancías que contengan metal, a causa de la escasez de cobre. Hubo un tiempo en que podíamos abrigar la esperanza de que nuestros locos y viejos dirigentes murieran o al menos se retiraran por razones de salud, para irse tambaleando a sus villas campestres con úlceras, calvicie, sarna o escrúpulos, y permitir que los nuevos y jóvenes pacificadores se hicieran cargo. Pero ahora continúan en sus puestos, inmortales y dementes, nuestros senadores, nuestros ministros, nuestros generales, nuestros planificadores. Y la guerra también continúa, esta guerra absurda, incomprensible, diabólica y autocomplaciente.

Conozco a gente de mi edad, o un poco mayor, que ha pedido asilo en Bélgica, Suecia o Paraguay, o cualquiera de los otros países donde se han sancionado leyes de Santidad Corporal. Hay una veintena de esos países, la mitad de ellos las naciones más progresistas del mundo, y la mitad las más reaccionarias. Pero ¿de qué sirve escapar? No quiero vivir en el exilio. Me quedaré aquí para luchar.

Naturalmente, no piden a un recluta que entregue el corazón, el hígado u otro órgano esencial para la vida, digamos la médula oblongada. Aún no hemos llegado a esa etapa de esclarecimiento político en que el gobierno se siente capaz de legislar una conscripción fatal. Los riñones y los pulmones, los órganos pareados, los órganos prescindibles, son por ahora los objetivos principales. Pero si estudiamos la historia de la conscripción a través del tiempo vemos que siempre puede proyectarse en una curva que se eleva desde la necesidad racional a la locura absoluta. Dales el dedo y toman el brazo. Dales una pulgada de entraña y te arrancan las tripas. En cincuenta años más reclutarán corazones y estómagos, y quizá cerebros, estoy seguro; si resuelven la tecnología del trasplante de cerebros ningún cráneo estará a salvo. Volveremos a los sacrificios humanos. La única diferencia entre nosotros y los aztecas está en el método: nosotros tenemos anestesia, antisepsis y asepsia, usamos escalpelos en vez de puñales de obsidiana para arrancar el corazón de las víctimas.

MEDIOS PARA SUPERAR LA REACCIÓN HOMOIJERTO

La senda que condujo desde la demostración de la naturaleza inmunológica de la reacción homoiijerto y su universalidad hasta el desarrollo de medios relativamente eficaces pero no del todo satisfactorios de superarla con propósitos terapéuticos es interesante pero sólo puede exponerse someramente. El año 1950 introdujo una nueva era en las inmunobiología del trasplante; el descubrimiento de diversos medios para debilitar o abrogar la reacción del huésped ante el homoiijerto —tal como una irradiación x subletal de todo el cuerpo, o el tratamiento con ciertas, hormonas adrenales corticoesteroides, principalmente la cortisona— comenzó a influir en el rumbo de las investigaciones y a generar confianza en que no se estuviera lejos de una solución clínica viable. A fines de la década se había demostrado que potentes drogas inmunosupresivas, tales como la mercaptopurina 6, eran capaces de contener la reactividad de los perros a los homoiijertos renales, y poco después este principio se extendió exitosamente al hombre.

¿Mi resistencia al reclutamiento se basa en un arraigado repudio abstracto por la tiranía en todas sus formas o en el mero deseo de mantener mi cuerpo intacto? ¿En ambas cosas, tal vez? ¿Necesito acaso una racionalización idealista? ¿No tengo un derecho inalienable a andar por la vida usando los riñones con que nací?

La ley fue decretada por una administración de viejos. Ten la certeza de que todas las leyes que afectan el bienestar de los jóvenes son obra de ancianos chochos y moribundos con angina de pecho, aterosclerosis, prolapsos del infundíbulo, ventrículos fulminados y viaductos dilatados. El problema era éste: no moría suficiente cantidad de jóvenes saludables por accidentes de carretera, intentos exitosos de suicidio, saltos de trampolín mal calculados, electrocuciones y heridas en el fútbol; por lo tanto, escaseaban los órganos trasplantabas. La campaña para restaurar la pena de muerte con el propósito de crear una provisión permanente de cadáveres controlados por el Estado fracasó en los tribunales. Los programas de donación voluntaria de órganos no funcionaban muy bien, pues la mayoría de los voluntarios eran delincuentes que firmaban un contrato para que los liberaran antes: un pulmón acortaba la sentencia en cinco años, un riñón representaba tres años menos, y así sucesivamente. El éxodo de convictos de las cárceles gracias a esta cláusula no era tan popular entre los votantes de los suburbios. Entretanto había una urgente y creciente necesidad de órganos; muchos ancianos importantes podían morir si no se actuaba con rapidez. Así que una coalición de senadores de los cuatro partidos impuso la reglamentación de reclutamiento de órganos en la Cámara Alta a despecho de la amenaza dilatoria de unos pocos miembros que favorecían a la juventud. Fue mucho más fácil en la Cámara de Representantes, pues en la Cámara nadie presta demasiada atención al texto de una ley que se somete a votación, y se había corrido el rumor de que si ésta se aprobaba, todos los mayores de sesenta y cinco años con alguna influencia política podrían contar con veinte o treinta años de vida adicional, que para un representante significa la posibilidad de diez o quince períodos adicionales. Desde luego hay objeciones de los tribunales, pero ¿de qué sirven? La edad promedio de los once jueces de la Corte Suprema es 78. Son humanos y mortales. Necesitan nuestra carne. Si anulan ahora el reclutamiento de órganos, firman su propia sentencia de muerte.

Durante un año y medio dirigí la campaña antirreclutamiento en nuestra universidad. Fuimos la sexta o séptima sucursal de la Liga de la Santidad Corporal organizada en este país, y éramos activistas fervientes. Marchábamos frente a las oficinas de reclutamiento enarbolando estas proclamas:

QUEREMOS NUESTROS RIÑONES

Y:

EL CUERPO DE UN HOMBRE ES SU CASTILLO

Y:

EL PODER PARA RECLUTAR ÓRGANOS

ES EL PODER PARA DESTRUIR VIDAS

Sin embargo, nunca tomamos medidas extremas como poner bombas en centros de trasplante o secuestrar camiones refrigeradores. Agitación pacífica era nuestro lema. Cuando un par de nuestros simpatizantes intentó volcarnos hacia una política más violenta, di un extemporáneo discurso de dos horas reclamando moderación. Desde luego, me reclutaron en cuanto fui elegible.

—Comprendo tu hostilidad al reclutamiento —dijo mi profesor consejero—. Por cierto es normal que la entrega de órganos corporales importantes te cause aprehensión. Pero deberías tener en cuenta las ventajas compensatorias. En cuanto cedes un órgano te clasifican como 6-A, Receptor Preferencial, y permaneces para siempre en la lista 6-A. Advertirás que esto significa que si alguna vez necesitas un trasplante, te elegirán automáticamente, aunque tus otras aptitudes personales y laborales no te eleven hasta el nivel óptimo. Supón que tus planes profesionales no resultan bien y terminas por ser un trabajador manual, por ejemplo. Comúnmente ni siquiera te tendrían en cuenta si desarrollaras una enfermedad cardíaca, pero tu categoría de Receptor Preferencial te salvaría. Nacerías de nuevo, muchacho.

Señalé la falacia inherente del argumento. Es decir, a medida que aumente la cantidad de reclutados, abarcará la mayoría, aun la totalidad de la población y, eventualmente, todos tendrán la categoría 6-A de Receptor Preferencial por haber sido donantes, y el término Receptor Preferencial dejará de tener sentido. Se crearía una escasez de órganos trasplantables a medida que cada donante reclamara su trasplante por problemas de salud, y con el tiempo habría que calificar a los Recipientes Preferenciales por orden de méritos personales y profesionales, para llegar a algún tipo de prioridad dentro de la clase 6-A, y estaríamos de vuelta donde estamos.

Fig. 7. El curso de un paciente que recibió globulina antilinfocítica (ALG) antes y durante cuatro meses después de un homotrasplante renal. El donante era un hermano mayor. Al principio no hubo rechazo. La terapia con prednisona se inició 40 días después de la operación. Nótese el insidioso advenimiento de un rechazo tardío al interrumpirse la terapia globulínica. Esto se trató mediante un moderado incremento en las dosis de esteroides de mantenimiento. Esta complicación tardía se presentó en sólo 2 de los primeros 20 receptores de homoinjertos intrafamiliares a quienes se trató con ALG. Se ha observado con una frecuencia igualmente baja en casos subsiguientes. (Con autorización de Surg. Gynec. Obstet. 126 (1968): p. 1023.)

Así que hoy fui a la Casa de Trasplantes, con toda puntualidad, para someterme al examen médico. Un par de amigos pensaron que cometía un error táctico al presentarme; si vas a resistir, dijeron, resiste desde el principio. Oblígalos a llevarte a la rastra. En términos puramente idealistas (e ideológicos), supongo que tienen razón. Pero aún no es preciso que arme un escándalo. Esperaré a que digan: Necesitamos su riñón, joven. Luego podré resistir, si opto por la resistencia. (¿Por qué vacilo? ¿Temo los perjuicios que la resistencia podría ocasionar a mis planes laborales? ¿No estoy del todo convencido de la injusticia del sistema de reclutamiento de órganos? No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de vacilar. Presentarse a un examen médico no es venderse al sistema.) Fui, de todos modos. Extrajeron esto y radiografiaron eso y examinaron aquello. Bostece, por favor. Agáchese, por favor. Tosa, por favor. Extienda el brazo izquierdo, por favor. Me hicieron pasear frente a una batería de máquinas de diagnóstico y tuve la esperanza de que relampagueara la luz roja —¡ *tilt*, largo de aquí!— pero, tal como suponía, estaba en perfecto estado físico, y era apto para el servicio. Después me encontré con Kate y caminamos por el parque, nos tomamos de la mano y observamos la gloria del poniente y hablamos sobre lo que haré si viene la convocatoria. ¿Si viene? ¡Expresión de deseos, muchacho!

Si llaman tu número te eximes del servicio militar, y te acreditan una deducción impositiva especial de 750 dólares por año. Gran negocio.

También están orgullosos del programa de donación voluntaria de órganos no pareados. Esto no tiene nada que ver con el reclutamiento que, al menos hasta ahora, sólo requisa órganos pareados, órganos que pueden entregarse sin perder la vida. En los últimos doce años ha sido posible entrar en cualquier hospital de los Estados Unidos y firmar un simple formulario que autoriza a los cirujanos a descuartizarte. Ojos pulmón corazón intestinos páncreas hígado, cualquier cosa, les entregas todo. Este procedimiento se conocía como suicidio en una época más simple y era reprobado por la sociedad, especialmente en tiempos de escasez de mano de obra. Ahora tenemos exceso de mano de obra, pues aunque nuestro crecimiento demográfico ha sido bastante lento desde mediados de siglo, la proliferación de aparatos mecánicos y procesos de eliminación de personal ha sido muy rápida, incluso exponencial. Por lo tanto ofrecerse para esta clase de donación total se considera un acto de utilidad social suprema, pues elimina un cuerpo joven y saludable de la atestada fuerza laboral y al mismo tiempo brinda a un estadista de edad la certeza de que el suministro de órganos vitales no sufrirá una merma inoportuna. Desde luego hay que estar loco para ofrecerse, pero nunca hubo escasez de lunáticos en nuestra sociedad.

Si por algún golpe de suerte no te han reclutado hasta los veintiuno, estás a salvo. Y unos pocos logran escabullirse, según me han dicho. Hasta ahora hay más de nosotros en la reserva total de

reclutamiento que pacientes con necesidad de trasplantes. Pero las proporciones cambian aceleradamente. La ley de reclutamiento es relativamente nueva. En poco tiempo habrán agotado la reserva de reclutas elegibles. ¿Qué pasará entonces? Las actuales tasas de natalidad son bajas; el suministro de reclutas potenciales es finito. Pero las tasas de mortalidad son aún más bajas; la demanda de órganos es esencialmente infinita. Sólo puedo donar un riñón, si he de sobrevivir; pero mientras te aferras a la vida, tal vez requieras más de un trasplante de riñón. Algunos receptores tal vez necesiten cinco o seis pares de riñones o pulmones antes de quedar finalmente desahuciados e irreparables alrededor de los ciento setenta años. Cuando los que han donado órganos lleguen a requerirlos, la presión sobre los grupos de menos de veintiuno aumentará aun más. Los que necesiten trasplantes superarán en número a los que puedan donar órganos, y ningún recluta se eximirá. ¿Y luego? Bien, podrían reducir la edad de reclutamiento a diecisiete, dieciséis o aun catorce. Pero aun ésa es apenas una solución de corto plazo. Tarde o temprano, no habrá suficientes órganos disponibles.

¿Me quedo? ¿Huyo? ¿Me presento en los tribunales? El tiempo se agota. Mi convocatoria llegará sin duda en pocas semanas. Siento un cosquilleo en la espalda, a veces, como si alguien me observara silenciosamente buscando mis riñones.

Canibalismo.- En Chou-kou-tien, Colina del Hueso del Dragón, cuarenta kilómetros al sudoeste de Pequín, los paleontólogos que excavaban una caverna a principios del siglo veinte descubrieron los cráneos fósiles el Hombre de Pequín, el *Pithecanthropus pekinensis*. Los cráneos estaban rotos en la base, lo cual indujo a Franz Weidenreich, director de las excavaciones, a especular que el Hombre de Pequín era un caníbal que mataba a los de su especie, extraía el cerebro de las víctimas por aberturas en la base del cráneo, cocinaba y devoraba la carne cerebral -había restos de hogueras y fragmentos de carbón en la zona- y dejaba los cráneos en la caverna como trofeos. Comer la carne del enemigo: absorber sus habilidades, su fuerza, su conocimiento, sus logros, sus virtudes. La humanidad tardó quinientos mil años en dejar atrás el canibalismo.

Pero nunca perdimos ese antiguo vicio, ¿verdad? Aún se puede obtener una fácil comodidad devorando a los más jóvenes los más fuertes, los más ágiles. Hemos mejorado las técnicas, eso es todo. Así que ahora los viejos nos comen crudos, nos engullen, órgano tras órgano palpitante. ¿Es de veras una mejora? Al menos el Hombre de Pequín cocinaba la carne.

Nuestro mundo feliz, donde todos compartimos equitativamente los triunfos de la medicina, y los meritorios ancianos no deben temer que la recompensa a sus logros y su prestigio sea sólo una fría tumba... todo el tiempo cantamos alabanzas a nuestra sociedad. ¡Qué contentos están todos con el reclutamiento de órganos! Con excepción, por cierto, de unos pocos reclutas resentidos.

La delicada cuestión de las prioridades. ¿Quién obtiene los órganos almacenados? Tenemos un complejo sistema que define las jerarquías. Presuntamente lo organizó un gran computador, garantizando así una absoluta y olímpica imparcialidad. Ganas la salvación por tus obras: logros en tu carrera y benevolencia en la vida diaria suman puntos que te empujan escalafón arriba hasta que llegas a una de las clasificaciones de alta prioridad, 4-G o una mejor. Sin duda el sistema de clasificación es imparcial y está administrado con justicia. Pero, ¿es racional? ¿A qué necesidades sirve? En 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, hubo escasez de penicilina, una droga recién descubierta, entre las fuerzas militares norteamericanas de África del Norte. Dos grupos de soldados eran los más necesitados: los que padecían por heridas de combate infectadas y los que habían contraído enfermedades venéreas. Un joven oficial médico, partiendo de obvios principios morales, dictaminó que los héroes heridos eran más merecedores del tratamiento que los autocomplacientes sifilíticos. El oficial médico en jefe no aprobó la medida, pues observó que los sifilíticos podían regresar más rápidamente al servicio activo si se los trataba; además, si no recibían tratamiento servirían como focos de contagio. Por lo tanto les dio la penicilina y dejó a los heridos gimiendo en sus lechos de dolor. La lógica del campo de batalla, incontrovertible, inexpugnable.

La, gran cadena de la vida. Las pequeñas criaturas del plancton son devoradas por otras más grandes y el plancton, mayor que ellas, es presa de peces pequeños, y los peces pequeños de peces más grandes, y así hasta el atún, el delfín y el tiburón. Yo como la carne del atún y crezco y florezco y engordo, y almaceno energía en mis órganos vitales. Y a la vez soy devorado por los marchitos y achacosos ancianos. Toda la vida está encadenada. Veo mi destino.

En los viejos tiempos el problema era el rechazo del órgano trasplantado. ¡Qué desperdicio! El cuerpo no atinaba a distinguir entre un órgano benéfico aunque extraño y un microorganismo intruso y hostil. El mecanismo conocido como respuesta inmunológica se movilizaba para echar al invasor. En el momento de la invasión las enzimas entraban en juego, una guerra en pequeña escala destinada a desgarrar y disolver las sustancias ajenas. Corpúsculos blancos se desplazaban por el sistema circulatorio, fagocitos vigilantes en marcha, por la red linfática acudían anticuerpos, proyectiles proteínicos de alta

potencia. Antes del desarrollo de la tecnología de los injertos orgánicos, hubo que elaborar métodos para anular la respuesta inmunológica. Drogas, tratamiento por radiación, shock metabólico... De un modo u otro, el problema del rechazo de los órganos se resolvió hace mucho tiempo. Yo no puedo resolver mi problema del rechazo al reclutamiento. Os rechazo, viejos y rapaces legisladores, y también rechazo vuestra legislación.

Hoy llegó mi convocatoria. Necesitan uno de mis riñones. La solicitud habitual. "Tienes suerte -dijo alguien durante el almuerzo-, podrían hacer necesitado un pulmón."

Kate y yo caminamos por las colinas verdes y relucientes y nos detenemos entre florecientes adelfas, coriandros, franchipanieros y demás. ¡Es bueno estar vivos, respirar esta fragancia, mostrar nuestros cuerpos al sol brillante! La piel de Kate es bronceada y reluciente. Su belleza me hace llorar. Ella no se salvará. Ninguno de nosotros se salvará. Primero yo, luego ella. ¿O ella estará antes que yo? ¿Dónde harán la incisión? ¿Aquí, en su espalda tersa y torneada? ¿Aquí, en el vientre chato y liso? Veo al sumo sacerdote de pie ante el altar. Con el primer fulgor del alba una sombra cae sobre ella. El puñal de obsidiana que él aferra en la mano alzada chispea ferozmente. El coro ofrenda un himno discordante al dios de la sangre. El puñal desciende.

Mi última oportunidad de escapar por la frontera. Pasé la noche en vela, evaluando las opciones. No hay esperanzas de apelar. Huir me deja un gusto feo en la boca. Mi padre, mis amigos, aun Kate, todos dicen quédate, quédate, quédate, da la cara. La hora de la decisión. ¿De veras tengo opción? No tengo opción. Cuando llegue el momento, me entregaré dócilmente.

Me presento en la Casa de Trasplantes para una operación quirúrgica de donación en tres horas.

A fin de cuentas, digo fríamente, ¿qué es un riñón? Todavía tengo otro. Y si ése falla, siempre puedo conseguir un repuesto. Tendré categoría de Receptor Preferencial, 6-A, si de algo vale. Pero no me conformaré con mi 6-A automático. Sé lo que ocurrirá con el sistema de prioridades; será mejor que me proteja. Actuaré en política. Prepararé. Obtendré movilidad ascendente con esclarecido egoísmo, ¿correcto? Correcto. Seré tan célebre que la sociedad me deberá mil trasplantes. Y uno de estos años recobraré ese riñón. Tres o cuatro riñones, cincuenta riñones, todos los que necesite. Un corazón o dos. Unos pulmones, un páncreas, un brazo, un hígado. No podrán negarme nada. Les mostraré. Les mostraré. Seré más anciano que los ancianos. Vaya activista de Santidad Corporal, ¿eh? Supongo que tendré que renunciar a la Liga. Adiós idealismo. Adiós, superioridad moral. Adiós, riñón. Adiós, adiós.

Está hecho. Pagué mi deuda con la sociedad. He entregado al poder constituido mi humilde libra de carne. Cuando salga del hospital en un par de días, llevaré una tarjeta que atestiguará mi nueva categoría, 6-A.

Prioridad máxima por el resto de mi vida.

Vaya, podría vivir mil años.

Título del original en inglés: Caught in the Organ Draft
1972 – Robert Silverberg. Traducción de Carlos Gardini
Ediciones de la Urraca / Tercera Epoca / Número 11
Digitalizado por Electronic Sapiens
Marzo de 2002 – Revisión 1